BOLETIN
DE LA
ACADEMIA CHILENA
DE LA HISTORIA

AÑO LV - Nº 99
SANTIAGO DE CHILE, 1988

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

por

Rolando Mellafe Rojas

Académico de Número

Quizás está de más recordar que Miguel Luis Amunátegui es una de las figuras de mayor importancia en el mundo de la creación intelectual y de las políticas e intencionalidades culturales de prácticamente toda la segunda mitad del siglo pasado. Desde muy joven su existencia estuvo ligada a la universidad, la educación y la producción histórica, confundiendo su misma adolescencia con una intensa vida de estudios y realizaciones que no tuvo descanso sino con una muerte inesperadamente repentina.

Miguel Luis Amunátegui fue el hijo mayor de una numerosa y distinguida familia. Nació en Santiago el 11 de enero de 1828, siendo su padre el chillanejo don José Domingo Amunátegui, afamado abogado de la época y profesor del Instituto Nacional, tareas que junto con el hecho de haber ejercido el cargo de pro-secretario del Congreso de 1828 lo distinguían en la vida política e intelectual de esos años. Pero su prematuro fallecimiento el año 1842, cuando el mayor de sus hijos, Miguel Luis sólo contaba 14 años de edad, puso en peligro la estabilidad de toda su familia y la educación de él mismo y sus hermanos. Él y quien fuera el compañero intelectual de toda su vida, su hermano Gregorio Víctor, habían ingresado al Instituto Nacional el año 1840, sin haber concurrido primeramente a la escuela; ambos habían tenido en su padre un abnegado maestro que además de enseñarles las primeras letras los había iniciado en los estudios de latín, historia y literatura española.

A poco de ingresar al Instituto Nacional, a los hermanos Amunátegui les correspondió acogerse a los nuevos planes de estudio de la más importante y diríamos la única institución de enseñanza que existía por aquellos años en el país. En efecto, la primera reforma curricular que sufrió el Instituto significaba agregar a los ramos

básicos que ahí se estudiaban: latín y filosofía, los de gramática castellana, francés, geografía, cosmografía, historia, matemáticas y literatura. Pero dejaba a los estudiantes la libertad de optar por esta nueva modalidad de estudio o seguir manteniendo como fundamentales aquellos que habían sido la tradición humanística de la institución; ambos hermanos se sintieron inclinados a seguir el viejo y el nuevo plan, ya que su padre los había entusiasmado e iniciado en el interés por las ciencias que se consideraban revolucionariamente nuevas en las aulas nacionales.

Muy duros fueron para Miguel Luis aquellos primeros años de estudio y de exhaustivo trabajo, pues hubo de obtener recursos para el sustento familiar dictando clases particulares a niños de distinguidas familias capitalinas. Su preocupación diaria fue, sin embargo, mantenerse entre los alumnos más brillantes del Instituto Nacional, en medio de una multitud de condiscípulos que fueron posteriormente también ilustres escritores y que competían con él el primer lugar de las distinciones, entre ellos Eusebio Lillo, los hermanos Blest Gana, Ramón Sotomayor Valdés, etc. En los períodos de exámenes Miguel Luis fue el "repetidor" obligado, ayudante, diríamos hoy día, de todos los cursos que seguía.

El año 1846 lentamente comenzó a cambiar la suerte de nuestro joven estudiante, cuando en la Capilla del antiguo Instituto Nacional le tocó rendir brillantemente el examen final de latín ante Andrés Bello, quien se impresionó tanto con el locuaz desplante del examinando que llegó a consignar su exitoso futuro en una velada referencia que de él hizo en la *Memoria Universitaria* del año siguiente, al paso que las atractivas cualidades e inteligencia del muchacho quedaron incorporadas en una profunda amistad y cariño que el Rector le brindó por el resto de su vida. En efecto, desde el verano de 1847 en que Andrés Bello invitara repetidamente a Miguel Luis y su hermano a su quinta de descanso en Peñaflor, se selló aquella amistad y ayuda que llegó hasta el intercambio de manuscritos para su comentario y corrección por parte de los dos intelectuales. Ese mismo año de 1847 el gobierno abrió un certamen para llenar una vacante en el Instituto Nacional. Miguel Luis Amunátegui debió solicitar un permiso especial al Consejo de la Universidad de Chile para poder postular, ya que contaba solamente con 19 años de edad y la ley exigía 21. El pase le fue otorgado y ganó el concurso en mayo de 1847, habiéndole tocado por sorteo una disertación y traducción de uno de los libros de Cicerón. El jurado estuvo compuesto por Francisco de Borja Solar, a la sazón Rector del Instituto, Luis Antonio Vendel-Heyl, quien había sido otro de los maestros y protectores del joven Miguel Luis, José Victorino Lastarria y Ramón Briceño. Nos queda hasta hoy un vívido recuerdo de aquella primera hazaña intelectual de Miguel Luis Amunátegui, narrada por Diego Barros Arana que, como todos los condiscípulos del estudioso joven, estuvo presente en la disertación.

Desde ese instante la colaboración de Miguel Luis Amunátegui en las diversas la-

bores del quehacer universitario fue constante y ascendente, adquiriendo diariamente mayor seguridad y experiencia tanto en la administración universitaria como en las labores propiamente académicas de la enseñanza y la investigación. En 1849 la Facultad de Humanidades de la Universidad propuso para el premio del año siguiente el tema de la Reconquista Española después de la Batalla de Rancagua, lo que dio origen a la primera publicación seria y de envergadura de Miguel Luis y de su hermano Gregorio Víctor, un trabajo titulado "La Reconquista Española. Apuntes para la Historia de Chile, 1814-1817", que la Comisión Examinadora integrada por Miguel de la Barra y Antonio García Reyes dio por ganador. Los hermanos Amunátegui también ganaron el concurso de 1852, con otra investigación que se refería a las labores del gobierno de los primeros años de la vida independiente del país.

Hasta ese momento Miguel Luis Amunátegui no era miembro de la Facultad de Humanidades de la Universidad, a pesar de haber ganado los concursos anteriores y que en septiembre del año 1851 se llenaron varias vacantes en dicha Facultad. Su momentánea postergación pudo repararse sin embargo ese mismo año cuando, sin duda con la intervención de Andrés Bello, fue recomendado para ocupar el asiento que había dejado en la Facultad el fallecimiento de Miguel de la Barra. Su nombre fue aceptado por unanimidad y con beneplácito, en la sesión del 24 de diciembre de 1851, aunque no se incorporó hasta el mes de octubre del año siguiente, con un discurso sobre uno de los temas que le preocupará en su futura acción en la universidad, la existencia y la originalidad de la literatura hispanoamericana.

Casi inmediatamente después de su incorporación Andrés Bello le encarga preparar la memoria histórica que la Facultad debía presentar el año 1853. Ésta fue leída en la sesión solemne del 11 de diciembre de ese año. Siguiendo la costumbre de este tipo de informes científico-literario, en realidad lo que se expuso en esa ocasión fue la introducción de uno de los libros más interesantes y polémicos producidos por la historiografía de corte liberal positivista en boga en la época, se trata de "la dictadura de O'Higgins", que amplió y afianzó el renombre que el joven Miguel Luis ya había alcanzado en el ámbito universitario e intelectual del país.

La vida de nuestro escritor se fue complicando cada vez más, de acuerdo a los múltiples compromisos y preocupaciones que, por diversos motivos, fue tomando cuando estaba en la plenitud de su energía física e intelectual. Su preocupación por las labores universitarias se acrecentó a partir del año 1860, fecha en que habiendo renunciado el Secretario General de la Universidad de Chile, Francisco Vargas Fontecilla, el Claustro pleno del 16 de diciembre eligió para reemplazarlo a Miguel Luis, que fue confirmado por el gobierno a través de un decreto del 27

de diciembre del mismo año. A propósito de su nuevo nombramiento y por una momentánea falta de interés de los miembros de la Facultad, Andrés Bello volvió a pedir a Amunátegui que leyera la memoria correspondiente al año 1861, lo que nuestro autor hizo con brillantez, también a través de la Introducción de una nueva obra, esta vez el "Descubrimiento y Conquista de Chile". No me referiré a la calidad o validez histórica del nuevo libro, sólo quisiera agregar que en las dos últimas introducciones, leídas en las sesiones solemnes, la relativa al descubrimiento y conquista y la que se refiere a O'Higgins, su autor muestra una notable unidad de pensamiento histórico-filosófico, se repiten en definitiva los mismos principios con que el autor enfocaba los estudios históricos y también el mismo modo de comprenderla.

La acumulación de compromisos y preocupaciones a que nos referíamos anteriormente no obedecieron en Miguel Luis precisamente al quehacer universitario sino a sus compromisos políticos que derivaron en nuevos cargos y trabajos. El punto de partida de esta nueva vida, que alejaron al maestro de su entrega a la universidad, fue la asunción de la presidencia de la república de su amigo José Joaquín Pérez, en diciembre de 1861. Con ello Miguel Luis se vio virtualmente obligado a entrar a formar parte del gobierno, especialmente cuando su amigo Manuel Antonio Tocornal tomó la cartera del Interior, entonces nuestro historiador aceptó el cargo de secretario del Ministerio, Oficial Mayor como se decía en la época. A ello se sumó por segunda vez en su vida la preocupación por las cuestiones de límites, esta vez con Bolivia, la redacción de artículos polémicos en la prensa y la guerra con España.

Junto a lo anterior ejerció una constante labor política en la Cámara de Diputados, donde fue representante de varias provincias sucesivamente desde 1864 hasta su muerte. Allí se distinguió entre los oradores más temibles y fogozos por la claridad de los conceptos que emitía y por el conocimiento profundo de las materias en discusión, muchas de ellas referentes a la instrucción primaria y superior del país.

La vuelta de Miguel Luis Amunátegui a la preocupación universitaria se produjo pronto, después de dejar de colaborar con el Ministerio. En el tiempo que dedicó a la Administración y la Política no había dejado de ser Secretario General de la Universidad, de modo que las "Memorias anuales" que la institución presentaba eran un verdadero reflejo de la no despreciable labor científica de la Corporación.

Su vuelta a la universidad de nuevo no fue muy larga, la política volvió a distraerlo, esta vez, el Presidente de la República lo nombró Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, cargo que ocupó durante 18 meses.

Con la elección presidencial de Aníbal Pinto, en septiembre de 1876, en la cual

el mismo Amunátegui había sido precandidato del Partido Liberal, pasó a ocupar el Ministerio de Culto e Instrucción Pública.

No es este el lugar para analizar toda la obra que alcanzó a plasmar en el corto tiempo que ocupó este Ministerio, pero es fácil de imaginar que fue muy fecunda y que redundó en mayores facilidades y compromisos para la universidad, ya que era, como hemos dicho, su Secretario General.

Testimonio de esta dilatada labor en la "Memoria presentada al Congreso Nacional" en 1877 y publicada en el Boletín de Instrucción Pública, incluido en los Anales de la Universidad de Chile del mismo año, que por lo completo y profundo de su contenido es sólo comparable con otras memorias universitarias redactadas por él mismo, por Andrés Bello, o por Ignacio Domeyko. Miguel Luis Amunátegui tuvo una activa participación en la formulación y discusión de la Ley de Instrucción Pública, del año 1879 y en el papel que la universidad jugaría en la nueva situación creada por la Ley, en el sentido de una mayor autonomía y en las disposiciones de nombramiento de profesores y sus inamovilidades. Estuvo de acuerdo con la orientación profesional de los estudios universitarios y con el papel de la universidad en el control y orientación de las actividades profesionales que se ejercían en el país.

La Guerra del Pacífico obligó nuevamente a Miguel Luis Amunátegui a dejar la vida universitaria para preocuparse por dos años de la Dirección de las Relaciones Exteriores como Ministro, su prudencia y prestigio fueron necesarios en aquellos delicados años de confabulaciones e intervenciones foráneas. Pero el cambio de Ministerio de 1880 le permitió nuevamente 7 años de dedicación a diversos tipos de estudios de Literatura e Historia y también a la universidad como institución. La fama y prestigio intelectual de Miguel Luis Amunátegui había llegado a su cúspide por esos años, pero también, junto a ella recibió ácidas críticas, provenientes incluso de sus propios correligionarios; se le acusó de ligereza y deshonestidad con el gobierno y sus amigos, de ambición de poder y de dinero.

Nada más insensato y falso que aquellos ataques, él siempre estuvo listo para hacerse cargo de los trabajos más pesados e ingratos. El gobierno lo sabía, de modo que cuando en 1887 al país se le presentó el difícil problema de discutir los contratos salitreros que habían firmado algunas compañías peruanas con otras extranjeras, fue nuevamente llamado a ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores y en este empeño patriótico lo sorprendió la muerte el domingo 22 de enero de 1888.

Hemos mencionado varias labores importantes que Miguel Luis Amunátegui realizó a lo largo de su vida dentro de la Universidad: las cátedras que nunca dejó de dictar, las investigaciones históricas y de otra índole que presentó en diferentes certámenes, las publicaciones que originó y dirigió, etc. También muchos logros

que obtuvo desde fuera de la universidad, cuando ocupaba cargos importantes en el gobierno, y que se refieren a problemas educacionales y universitarios, como fue su participación activa en la Ley de 1879.

Pero también hay una labor callada y constante que se refiere preponderantemente al funcionamiento y realizaciones científicas y culturales de la Universidad, que resaltan nítidamente al repasar las *Actas de las sesiones* de la casa de estudios y que denotan una constante preocupación por variados temas, recurrentes a veces, definitivos otros, pero en todo caso que nos muestran en todo momento a un gran académico. ¿Cuáles fueron algunos de estos temas y preocupaciones?

Fue notable, por ejemplo, la atención que prestó Miguel Luis Amunátegui por el sistema de exámenes con que se daban los ramos que otorgaban el bachillerato. Las cédulas que contenían las preguntas fueron cambiadas y por lo tanto debieron variar también los programas de enseñanza. No era ésta una cuestión meramente formal, ya que también involucraba a los textos que se usaban, generalmente traducidos de otros franceses. Por ello surgió la polémica de la enseñanza de la historia universal. Los textos que se habían traducido para la enseñanza de la historia en Chile, un poco anticuados, provenían de autores europeos que habían escrito en momentos en que las ideas monárquicas se habían puesto de moda, de tal manera que importantes capítulos de la historia universal habían sido suprimidos, desde luego la Revolución Francesa. Se dio una verdadera batalla por imponer la obra de Duruy, que perduró por muchos años en la enseñanza de la historia. De esta revisión provocada por Miguel Luis, por otra parte, surgieron una cantidad de obras nacionales de bastante valor, algunas de ellas, como la *Historia de América* de Diego Barros Arana, se usó en varios países latinoamericanos hasta hace unos 30 años.

La supresión del latín como ramo obligatorio y su reemplazo por lenguas vivas, fue otro de los problemas en los cuales Miguel Luis Amunátegui actuó con ardor y decisión. Sin embargo, su pensamiento al respecto ha sido, a nuestro juicio, mal interpretado y exagerado, ya que, en verdad, su opinión fue valiosa, pero la decisión final resultó de un acuerdo académico que pugnaba por la modernización general de los estudios en la universidad. La primera opinión de Miguel Luis al respecto la expresó en un *Informe*, al Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades el 31 de marzo de 1855, en que describía el resultado de una misión de exámenes de esa lengua, no olvidemos que él mismo había comenzado su carrera universitaria enseñando latín. En lo que nos interesa el informe dice: "A mi juicio, hablando en general el objeto del estudio de la latinidad ha de ser la fácil comprensión de los autores que han escrito en latín y no la aptitud de componer prosa o verso en este idioma". Posteriormente, él mismo pasó a la idea de su reemplazo por otras lenguas vivas, pero sin desconocer nunca su importancia.

Finalmente, quizás uno de los rasgos más valiosos de las muchas empresas en que se empeñó Miguel Luis Amunátegui desde la Universidad de Chile fue su notable afán por conectarla con las corrientes universales, culturales y científicas del momento. Es en el fondo un aspecto del esfuerzo de la intelectualidad chilena del siglo pasado por configurar una identidad cultural nacional, que se entendió en ese momento como colocar lo nacional y lo americano en un contexto universal. Las acciones prácticas que emprendió Miguel Luis Amunátegui para estos efectos fueron variadas: la incorporación de miembros correspondientes, europeos y americanos, a las Facultades de la Universidad, por ejemplo, el intercambio de publicaciones, en fin, su afán por demostrar que la literatura, la poesía, la historia escritas en Chile y en América Latina tenían una propia existencia y presencia en el mundo de las letras de la época y que debían ser estudiadas igual que la europea.

Esos eficaces intentos muestran a Miguel Luis Amunátegui, a mi juicio, como uno de los más valiosos intelectuales que desde la Universidad de Chile se proyectaron durante medio siglo a la realidad nacional y latinoamericana.